Lo nuestro terminó en Octubre

Melissa Hoguero

Capítulo 1

Hola, meco.

Empiezo a escribir y me siento muy extraña porque es la primera vez que te escribo sin interés de realmente decirte estas cosas. Que te escribo porque siento que finalmente me quedé sola velando por nosotros. Que esta carta no es una que podré mandarte. Pero sigo teniendo mucho que decir, muchas palabras enredadas que resuenan en mi cabeza de forma violenta, que traen lágrimas consigo y mucho remordimiento.

Te escribo porque en realidad, te sigo llorando. Y lo peor de todo es que creo que es algo que tu ya ni siquiera te imaginas y francamente, es algo que ni yo misma entiendo por qué sigo haciendo. Es algo que simplemente pasa, es como si se ha vuelto la reacción natural de mi cuerpo hacia pensarte y acordarme de todo lo que hemos vivido. Porque no son lágrimas que queman, no son lágrimas que ahogan y que calan. Simplemente son lágrimas que fluyen, que mi cuerpo libera y se limpia, y luego sigue como si nada. Es muy extraño porque llevo cinco meses llorándote y sigue siendo algo que se siente completamente natural, que ya ni siquiera intento pelear. Algo que me detona un recuerdo, o un pensamiento o inclusive una simple fotografía.

Te escribo porque dices que lo nuestro se terminó en octubre, pero eso no es verdad. ¿Cómo puedes decir que lo nuestro se terminó hace cuatro meses cuando la última vez que me dijiste que me amabas fue hace menos de dos semanas o una? ¿Cuándo me sigues buscando cada vez que me alejo? ¿Cuándo me alejo esperando exactamente que me busques?

Lo nuestro no terminó en octubre, Julián. Ni siquiera estoy segura de que lo nuestro haya terminado.

¿Qué pasó después del 23 de octubre? Pues, déjame decirte.

Ese fue el día que me terminaste. A los cuatro días fueron las elecciones de presidente, donde nos besamos y me dijiste que me amabas. Al día siguiente, que no querías regresar, que había sido un error, que jamás iba a volver a pasar. Así pasó el puente y salieron las aplicaciones a mesa directiva. Y cuando ni siquiera llevábamos dos semanas de haber terminado, nos volvimos a besar. Pero ahí empezaron tus “no te quiero lastimar”, tus “no te quiero confundir”. Y así pasó el congreso de noviembre y regresand quedamos que íbamos a ser amigos con beneficios, o lo que sea que querías que fuéramos. Y claro que yo accedí porque para mi tener un mínimo porcentaje tuyo era mejor que nada. No iba a haber exclusividad. No iba a haber “compromiso”. Y así, nos duró dos días. Yo no pude, cogimos y luego nos peleamos. Te di en la madre, me diste en la madre, tuvimos una de esas peleas nuestras que duró

como cuatro horas por mensajes. Al día siguiente te dije adiós, me despedí, te dije que te soltaba. Al día siguiente, me dijiste que me amabas y que no importa qué pasara con las elecciones, estabas muy orgulloso de mi. Al día siguiente, quedamos los dos electos. Y empezó el fenómeno número dos, agregado al "no te quiero confundir" "no te quiero lastimar". Lo llamo el "me da en la madre verte con alguien más". Y tal vez fue porque fue la primera vez que te cayó el veinte que me podías perder, pero me jalaste, me quitaste a Eduardo de encima y entre nuestra peda y nuestras emociones, llegamos a la idea loca de regresar. Claro que, ahora veo perfectamente que tu no querías, que me dijiste que sí solo por no decirme que no, que al acabar de verme con otra persona, la idea de soltarme era imposible. Y así nos fuimos a tu casa a coger y dormir, y así decidimos volverlo a intentar en secreto, poco a poco. Claro que, como siempre, surgió el fenómeno Julián número tres: el "te trato bonito un día y al día siguiente soy un culero". Y claro que, yo no lo toleré, porque qué mediocre era eso. Qué mediocre era amarte tanto y que me dieras tan poco. Entonces fui, y me besé con Daniel y me sentí la persona más horrible del mundo. Y así te di en la madre a ti. Y encontré la manera, la receta secreta para hacerte pedazos. Encontré esa debilidad tuya, ese defecto. Tu criptonita. Y claro que, nos peleamos horrible, y decidimos seguirlo intentando. Y básicamente así continuaron las semanas hasta finales. Nos peleábamos, nos arreglábamos en el fin, nos duraba unos dos días, las cosas se volvían nefastas, nos volvíamos a pelear. Y cada vez los intervalos entre una fase y otra eran más cortos. Hasta que volviste a terminarlo. Pero claro que, no podía faltar el que nos siguiéramos besando, queriendo, peleando. Pero las cosas se oscurecieron en diciembre porque empezó el proyecto y yo me alejé. Y así te lloré cada día, como te llevaba llorando desde octubre. Así te lloré hasta el congreso de enero. Cuando volvimos a lo mismo. Y después del congreso, a lo mismo. Y así cuando entramos a la escuela, y me tocó a mi darte otra vez en la madre. Y sacaste el fenómeno Julián número cuatro: "te iba a decir que lo volviéramos a intentar, pero la cagaste", el más clásico de todos, el más frustrante. Y me cobraste la de Marcelo saliendo con la colombiana. Yo rompí nuestro acuerdo sagrado de no besarnos con nadie en frente el uno del otro y tu me diste lo más en la madre que me habías dado. Y no sabes cómo te odié por eso. Dentro de todas las cosas que hiciste, incluido cómo te ponías cuando yo salía de fiesta o cuando pensamos que estaba embarazada, salir con Camila fue lo que más me dolió. Más que tu indecisión, más que tu maldita costumbre de ser tan volátil e inconsistente. Y después el fin de semana de transición. Después el fin de semana de introducción para los nuevos. Después no se cuantas cosas ya pasaron. Después la fiesta en la casa de Héctor. Y ahora llegamos a marzo. ¿Cuántos besos, Julián? ¿Cuántos "Te amo"? ¿Cuántos abrazos alargados? ¿Cuántas caminatas en silencio? ¿Cuántas miradas? ¿Cuántas promesas rotas? ¿Cuántos "ya no puede pasar nada entre nosotros? ¿Cuántos mensajes estúpidos con el propósito de iniciar la conversación?

Pero lo nuestro, claramente terminó en octubre.

Te escribo porque aunque creo que tal vez es posible que quizá esté comenzando a seguir adelante, aún así yo todavía te amo. Yo de verdad, te veo y sigo sintiendo que se me estremece el cuerpo y el estómago. Sigo atada a ti. Y sí, tal vez me agarro a medio mundo pero es porque no puedo quedarme sentada de brazos cruzados para ver si algún día dejas de ser un imbécil.

Te escribo porque te amo. Porque sigo enamorada de ti. Porque daría lo que fuera por ya no estarlo.